

# TRANSICIÓN DESDE EL APOCALIPTICISMO BÍBLICO HACIA LA ESCATOLOGÍA TARDOANTIGUA

Stijepo Stjepović<sup>1</sup>  
SVEUČILIŠTE U ZADRU

**Resumen:** Después de la formación del cristianismo y creación del Nuevo Testamento, la nueva religión junto con la literatura que la acompaña entra en nueva fase. La creencia en el inminente fin del mundo se transforma en la necesidad de vivir en el mundo y, finalmente, el cristianismo ocupará el lugar de la religión oficial del estado. Pero, simultáneamente, el Estado Romano en el Occidente junto con la sociedad en general se está desintegrando y eso provoca nuevas reflexiones sobre las cuestiones fundamentales sobre la interpretación de los acontecimientos caóticos de la Antigüedad tardía.

**Palabras clave:** escatología, Apocalipsis, Biblia, Antigüedad tardía.

**Abstract:** After the formation of Christianity and the creation of the New Testament, the new religion, along with its accompanying literature, entered a new phase. The belief in the imminent end of the world transformed into the need to live in the world, and eventually, Christianity took its place as the official state religion. But at the same time, the Roman state in the West, along with society in general, was disintegrating, prompting new reflections on the fundamental questions surrounding the interpretation of the chaotic events of Late Antiquity.

**Key words:** eschatology, Apocalypse, Bible, Late Antiquity.



## 1. INTRODUCCIÓN

A diferencia de otras religiones, donde prevalece la estructura cíclica de comprensión tanto de este mundo como del más allá, en las religiones monoteístas, a saber, el judaísmo, el cristianismo y el islam, el movimiento desde la creación del mundo hasta la resolución final del destino de la humanidad es lineal, y esto también se aplica a la vida de un individuo que experimenta solo una vida terrenal, seguida del juicio y la felicidad eterna en el cielo o la condenación eterna en el infierno. De este modo, el cristianismo, con su corpus de textos, es decir, el Nuevo Testamento e integrando también el Antiguo Testamento, crea así un canon escritural integrado; mientras que el Islam aparece varios siglos después con su propio texto religioso, en muchos aspectos diferente. El texto bíblico del Antiguo Testamento, más precisamente el *Libro del Génesis*, comienza con la creación del mundo entero por parte de Dios y la colocación del hombre en un estado de paraíso terrenal, un estado ideal

---

<sup>1</sup> Es licenciado en filología románica, doctorado en estudios medievales y es profesor adjunto en la Universidad de Zadar.

de felicidad y alegría serena en el que el hombre no padece ningún sufrimiento, sino que goza de una felicidad natural, y todas las demás criaturas están a su disposición, a las que gobierna en completo acuerdo con el plan de Dios [MURPHY 2012: 114]. El destino terrenal del hombre cambia dramáticamente después de cometer el primer pecado, durante el cual pierde la gracia de Dios y entra en un estado de sufrimiento, mortalidad y decadencia. Sin embargo, no queda condenado para siempre a la desesperanza porque Dios promete enviarle un Salvador. Desde entonces, toda la dinámica de la historia humana se ha orientado hacia el fin de esta dramática lucha entre el bien y el mal, con la victoria final del bien, en la que el Salvador prometido desempeña un papel crucial. Su identidad, así como su naturaleza, no están claras en el Antiguo Testamento; no está claro quién es exactamente, mientras que en el Nuevo Testamento se revela como el Hijo de Dios, el Dios-hombre, como lo afirma el símbolo niceno, que contiene tanto la naturaleza de Dios como la humana, y por lo tanto es capaz de realizar obras sobrenaturales, soportar el sufrimiento redentor y la muerte, y luego resucitar de entre los muertos como vencedor sobre la muerte y la corrupción [MATEO-SECO 2002: 347]. Un Salvador que, en lugar de ser un líder militar exitoso, un gobernante político hábil y el máximo liberador del pueblo judío de los invasores extranjeros que los gobernarían en una especie de paraíso terrenal, se muestra como Dios mismo, y además, un gobernante espiritual que ofrecería la salvación, que se difunde a través de la predicación, a todos los pueblos de la Tierra, se convertiría en un punto de divergencia, entre el cristianismo y el judaísmo. Mientras que el cristianismo y el islam actuaron como religiones que competían espacialmente y que tenían como objetivo conquistar el mundo entero, es decir, convertir a todos sus habitantes a una nueva fe, el cristianismo y el judaísmo actuaron como religiones que competían espiritualmente y que ambas reclamaban el título de Israel porque algunos se veían a sí mismos como herederos espirituales de este título, esperando la segunda y esta vez última venida del Salvador, y otros como herederos físicos de este título, todavía esperando su primera venida [ALVIAR 2004: 57].

El término escatología se originó como un compuesto del adjetivo *ἔσχατος* que significa ‘último’ y el sufijo *-λογία* que denota ‘estudio’ o ‘doctrina’, y recién surgió en los siglos XIX y XX, mientras que la doctrina cristiana en Occidente durante la Edad Media desarrolló la expresión *de novissimis*, en plural, con los términos muerte, juicio y cielo o infierno cayendo en este grupo. La división metodológica que RATZINGER [2007] aplica al estudio de la escatología en su libro homónimo, presenta la escatología como una pregunta sobre la esencia del cristianismo, para luego traer a colación su dimensión individual para finalmente explicar el tema de la vida en el tiempo futuro, es decir, el futuro del hombre y de la humanidad. En este sentido, la escatología es un concepto más amplio que el apocalípticismo, que se ocupa únicamente del final de la historia general de la humanidad con el objetivo de revelar (*ἀποκαλύπτω*), anunciar una revelación (*ἀποκάλυψις*). Así pues, siguiendo el grupo de cuatro miembros *de novissimis*, por una parte podemos hablar de la muerte individual de cada persona humana, del juicio individual que sigue inmediatamente a cada persona individual después de la muerte, y finalmente de la eternidad que el individuo pasará en el cielo o en el infierno, según el juicio, y por otra parte del fin de la existencia terrena de la especie humana, una especie de muerte colectiva que necesariamente debe producirse en el futuro, luego del juicio público universal que seguirá en forma del mayor espectáculo posible en el que las vidas de todos quedarán al descubierto ante todos. Tras la separación final de las personas en dos grupos inmutables, la comunidad de los santos en el cielo y la totalidad de los condenados en el infierno [BROWN 2000: 55].

## 2. ESCATOLOGÍA DE LA IGLESIA PRIMITIVA

En el período inmediatamente posterior a la muerte de Juan, el último apóstol vivo y escritor del Apocalipsis, a finales del primer siglo, aparecieron los primeros autores cristianos que comúnmente son llamados los Padres apostólicos. Su cercanía a los apóstoles o a los discípulos más

cercanos de los apóstoles dio lugar a un fuerte sentido del inminente regreso de Cristo. Así, la *Enseñanza de los Doce Apóstoles (Didaché)* en su último capítulo advierte a los cristianos, usando las palabras del Evangelio, de velar por sus vidas y no dejar que sus lámparas se apaguen ni que sus lomos se desceñen, sino de estar preparados porque no saben a qué hora vendrá el Señor. Luego les exhorta a reunirse con frecuencia para orar y a buscar la ayuda apropiada para el momento oportuno, porque toda su fe hasta ese momento no les servirá de nada si no son perfectos en la última hora. Entonces acecharán peligros provenientes de numerosos falsos profetas, seductores y falsos creyentes, y después del aumento del odio, la anarquía, la persecución y la traición, aparecerá el Anticristo mismo. El texto lo llama el engañador del mundo, que aparecerá como si fuera el hijo de Dios, y el mundo lo seguirá a causa de las señales y maravillas que realizará. La tentación será muy fuerte y todos caerán en ella, y sólo los que perseveren se salvarán. A esto le seguirá el retorno o segunda venida del verdadero Cristo, que estará precedida por lo que el texto llama los signos de la verdad: los cielos abiertos, el sonido de una trompeta y la resurrección de los muertos. Justino Mártir afirma que el hombre de apostasía cometerá iniquidad contra los cristianos, y el *Pastor de Hermas* considera bienaventurado a quien soporta el fuego de la gran prueba que viene. La *Epístola de Bernabé* retoma el texto del *Apocalipsis de Juan*, advirtiendo de la batalla final para la que hay que prepararse con vigilancia y cautela para que el malvado gobernante no venza a los creyentes [ADAMIK 1995: 174]. Ireneo de Lyon abordó temas escatológicos en su obra *Adversus haereses* y en el siglo II dio una descripción más detallada de los acontecimientos apocalípticos, afirmando que el enemigo final sería una especie de síntesis de todos los males, así como Cristo es la encarnación de todo bien, al tiempo que enfatizaba la libertad personal que tienen las personas para elegir el bien o el mal. A principios del siglo III, Hipólito advierte de la duración de su reinado, que ya está insinuada por Daniel y es retomada por el *Apocalipsis de Juan*, y es el primer escritor de la iglesia que defiende abiertamente la afirmación de que el Anticristo reconstruirá el templo que destruyeron los romanos. Tertuliano de Cartago

creía que el fin del mundo no llegaría pronto, y fue el primero entre los Padres de la Iglesia en abordar la cuestión del misterioso *katechon*, identificando la fuerza que frena el estallido final del mal con el Imperio Romano, y una opinión similar sostiene Lactancio, quien ve al imperio como el factor más importante en el orden y la estabilidad.

La fe en el inminente retorno de Cristo fortaleció la disposición al sufrimiento y a la muerte de numerosos mártires en una atmósfera de feroz persecución. Esto condujo a la formación del milenarismo o quiliasmo, una creencia en un reino de mil años del que se habla en el *Libro del Apocalipsis*, que era percibido como un hecho consumado que estaba a punto de suceder. Con el tiempo, creció la conciencia de que *la Parusía* podría no llegar en tan poco tiempo y, al mismo tiempo, se alternaron períodos de persecución con períodos de calma hasta el establecimiento de la tolerancia religiosa bajo Constantino y la ortodoxia cristiana como religión de Estado bajo Teodosio. Al mismo tiempo, el milenarismo pasó al ámbito de la herejía, que se manifestó más fuertemente en el surgimiento del montanismo apocalíptico y anárquico. Está claro que en las circunstancias del dominio global del cristianismo y la nueva interrelación entre Iglesia y Estado que se ha estado produciendo desde el siglo IV, el milenarismo experimenta una especie de cumplimiento en ese modelo teocrático [ALCIATI 2010: 207]. Por otra parte, en ausencia del martirio omnipresente de los primeros tres siglos, los individuos buscan escapar del mundo, pero también de un cristianismo algo pacificado, y van en busca de la abnegación en el eremitismo. Orígenes de Alejandría vuelve a enfatizar la visión evangélica de que el reino de Dios está dentro del alma del hombre, no en la manifestación externa del poder, pero igualmente la abominación de la desolación que se encuentra en el lugar santo de la Segunda Epístola a los Tesalonicenses no es principalmente un fenómeno externo ubicado en un espacio específico, sino una mentira que ha tomado el lugar de la verdad. Contrario a la verdad de las Escrituras hay una mentira, o herejía, siguiendo el pensamiento que también traen las epístolas del Nuevo Testamento de Juan. La visión antimilenialista también la sostiene el primer historiador de la iglesia, Eusebio, así como

los Padres de la iglesia occidental más importantes, Jerónimo y Ambrosio. Con la llegada de Agustín y su filosofía de la historia, el milenarismo ganó un oponente aún más importante. En su obra *Sobre la ciudad de Dios*, Agustín presenta dos realidades diferentes, la ciudad terrena y la celestial, que se encuentran en mutuo antagonismo. La ciudad celestial es divina, perfecta y está habitada por aquellos que están en completa unidad con Dios. Frente a ella se encuentra la ciudad terrena en la que el bien y el mal siguen coexistiendo en una misma realidad. La perfección, o la liberación completa del hombre de todo mal, ocurrirá en el momento del fin de la historia. Sólo entonces el bien y el mal quedarán completamente separados, y hasta entonces la humanidad vivirá en lo que Agustín llama *saeculum*, un mundo terrenal temporal o, mejor aún, temporal, en el que las personas no tienen pleno conocimiento del fin, sino que éste queda de alguna manera ensombrecido [KLEIN 2011: 285]. Esto crea, en realidad, uno de los desacuerdos fundamentales entre el Oriente y el Occidente cristianos; porque, en contraste con la teocracia oriental y la completa integración de la Iglesia y el Imperio, Agustín separa la Iglesia, que está en camino hacia la ciudad celestial, de la Roma terrena, que, incluso si cristianizada, no puede ser plenamente santa y alcanzar una dimensión escatológica. Debido a esta interpretación, por otra parte, incluso las dramáticas devastaciones bárbaras de la Antigüedad tardía no pueden interpretarse exclusivamente en clave apocalíptica, y por eso incluso la destrucción de Roma en el año 410 no es vista por Agustín como una señal del fin del mundo, ya que se trata sólo de un estado transitorio. Esta visión se vuelve aún más importante; si se tiene en cuenta la profunda devoción de Agustín por la cultura, la civilización y, especialmente, la historia, la literatura, la retórica y la alfabetización romanas. La transición del milenarismo literal y terrenal al alegórico y espiritual tuvo lugar durante la maduración espiritual de Agustín, como el propio escritor reconoce en su obra más significativa. No se trata, pues, de exactamente mil años entendidos literalmente en sentido cronológico, sino del nacimiento de la Iglesia que gobierna espiritualmente, aunque de manera incompleta, este espacio terrenal hasta el fin del mundo. La segunda venida de Cristo

ocurrirá en un futuro lejano cuando la proclamación del Evangelio llegue a todos los rincones del mundo, y después de que esto se cumpla, Satanás será liberado; momento en el que podrá volver a engañar a las naciones, lo que dará como resultado el enfrentamiento final entre el bien y el mal. En este sentido, en la teología cristiana, la escatología cumplida se distingue de la escatología futura. Mientras que la escatología futura considera las cuestiones finales de la resolución de la historia humana, que ocurrirán en el futuro; la escatología cumplida ve el fin de los tiempos como un período que comenzó con la obra redentora de Cristo, es decir, su sufrimiento, muerte en la cruz y resurrección. Es claro que en tal caso no hay que esperar ningún futuro milenio terrenal, porque comenzó con la creación de la Iglesia en circunstancias en las que Cristo resucitado reunió a sus apóstoles y discípulos y finalmente los fortaleció y confirmó con el poder del Espíritu Santo en la fiesta de Pentecostés. Hay que tener en cuenta que estas visiones de los Padres de la Iglesia no fueron expresadas en la solución dogmática final que se formularía en el Concilio de Trento; de modo que a lo largo de la Edad Media se esperaba, junto a la principal corriente teológica que condenaba el milenarismo material literal, un milenarismo inmanente que conocía sus brotes de vez en cuando. Al mismo tiempo, sobre todo en Occidente, en el contexto de un milenarismo tan moderado, existe un deseo cada vez más fuerte de buscar el paraíso terrenal perdido, o el Jardín del Edén. Por lo tanto, no debe pasarse por alto la motivación de los exploradores y viajeros medievales en su búsqueda de este sitio bíblico. La vida humana, marcada por el sufrimiento y la muerte, pero también por el miedo y la incertidumbre a lo largo de largos siglos, desde el colapso del Estado romano hasta el establecimiento de entidades políticas más fuertes a principios del segundo milenio, combinada con una religiosidad fuertemente expresada, vio el fin del mundo como un evento probable y fácilmente alcanzable. En tales circunstancias, la comodidad que podría brindar la búsqueda de un paraíso terrenal es una herramienta sumamente motivadora. Pensar en un paraíso terrenal como un lugar de plena felicidad donde se puede vivir ya como Adán y Eva vivieron antes del pecado y al menos aproximadamente tan

felizmente como se vivirá en la Jerusalén celestial del *Apocalipsis* alimenta la imaginación del hombre occidental, e incluso en textos del Antiguo Testamento, por ejemplo en *Isaías*, es posible encontrar una visión de un retorno al estado armonioso anterior al primer pecado [AMIRAY 2017: 89]. Las relaciones armoniosas entre las personas, pero también entre los animales, sin violencia ni robo, son seguidas por el sueño de una abundancia de alimentos en circunstancias donde el hambre es la regla, no la excepción, un clima agradable o eternamente templado en contraste con el frío del invierno europeo, colores y olores que contrastan con la grisura y la crueldad de la vida cotidiana medieval. Ambrosio, Agustín e Isidoro de Sevilla en Hispania estaban convencidos de la existencia de un paraíso terrenal. Numerosos cartógrafos medievales situaron el paraíso terrenal en Oriente, en una zona no precisada entre Mesopotamia y la India, todo ello de acuerdo con el relato del *Libro del Génesis*, que habla de un jardín plantado por Dios en Oriente y en consecuencia, tras los primeros pecados del hombre, del movimiento humano de Este a Oeste antes de la construcción de la Torre de Babel. Incluso después del viaje de Marco Polo a Asia y del progreso de la cartografía a finales de la Edad Media, la creencia en la existencia de un paraíso terrenal no desapareció, lo que también se puede observar en el caso de Cristóbal Colón.

### 3. TRANSICIÓN AL PENSAMIENTO ESCATOLÓGICO DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

Simultáneamente, con la difusión del cristianismo, se estaba produciendo un lento proceso de transformación desde la Antigüedad tardía hasta la Alta Edad Media. Las primeras crisis políticas y económicas importantes en el Imperio aparecieron después de la muerte de Marco Aurelio, es decir, a finales del siglo II y duraron todo el siglo III. En el siglo IV, crucial desde el punto de vista religioso, el cristianismo se convirtió en una religión tolerada con Constantino a principios de siglo y



luego, a finales del siglo con Teodosio, en una religión de Estado con dogmas claramente definidos. Los acontecimientos se aceleran y se vuelven cada vez más dramáticos después de la división del Imperio en Este y Oeste, la destrucción visigoda de Roma a principios del siglo V y la disolución del dominio romano en las provincias occidentales durante la primera mitad del siglo V. Mientras Ambrosio, Jerónimo y Agustín operan en una situación en la que el Imperio todavía funciona en cierta medida; Boecio, Benedicto Casiodoro y Gregorio ya están bien adentrados en el vacío que surge después del colapso y su trabajo muestra cómo será la transición de la Antigüedad a la Edad Media en Occidente [PALMER 2014: 84]. Ambrosio se movió libremente por todo el Imperio como descendiente de una prominente familia romana, ocupó varios puestos políticos importantes y luego se convirtió en un alto dignatario de la Iglesia, obispo de Milán, el centro eclesiástico más importante de Occidente después de Roma. Jerónimo vino de Dalmacia para estudiar en Roma, luego viajó entre Oriente y Occidente, estableciéndose finalmente en Belén, donde vivió una vida de eremita y tradujo la Biblia al latín, creando así la Vulgata como el texto bíblico fundamental y, en principio, el único utilizado en Occidente hasta el Renacimiento y en la Iglesia Católica Apostólica Romana hasta mediados del siglo XX. Agustín, como su maestro Ambrosio, viajó libremente por todo el Imperio, llegando a ser obispo en la zona de Cartago, una región norteafricana de suma importancia y muy cristianizada para el cristianismo antiguo; pero murió simbólicamente en el momento en que su sede episcopal, la ciudad norteafricana de Hipona, estaba bajo un asedio de meses por los vándalos. El imperio sobrevive en su parte oriental y la ciudad de Constantino, Constantinopla, se convierte en un símbolo de continuidad y transformación. Por una parte, se intenta enfatizar la permanencia del Imperio y su identidad romana, que probablemente alcanzó su apogeo en la codificación del derecho romano de Justiniano; pero, por otro lado, no es exactamente el mismo imperio, porque la novedad expresada por el cambio en la ubicación de su sede también mantiene el cambio de identidad, es decir, la transición definitiva del paganismo al cristianismo. Los primeros y más importantes concilios

eclesiásticos que formularon dogmas cristianos sobre la Trinidad, la divinidad-humanidad de Cristo y la maternidad divina de María, como lo afirman concilios de Nicea y de Éfeso tuvieron lugar en la ciudad, sus alrededores, o mejor dicho en la costa mediterránea de Asia Menor, en una zona que era la más fuertemente cristianizada de todo el Imperio y que incluso en sentido geográfico marcaba el centro, en la unión de Europa y Asia, simbólicamente a medio camino entre Roma y Jerusalén. El Imperio Romano se transformó en un imperio cristiano que sobrevivía más o menos en zonas con una mayor proporción de cristianos en la población. Así, *la Renovatio Imperii* de Justiniano logró sus éxitos en Occidente en lugares donde el cristianismo era más fuerte, en Italia, Dalmacia, el norte de África, el sur de Hispania y las grandes islas del Mediterráneo, contando con el apoyo de la población local, sin entrar siquiera en las otras zonas perdidas de Occidente, donde reinaba el paganismo o el arrianismo heterodoxo. Justiniano pone fin simbólicamente a la antigüedad en Oriente al cerrar la Academia ateniense y construir la magnífica Iglesia de la Santa Sabiduría en su capital. Mientras el Imperio Oriental pierde gradualmente territorio, pero se vuelve cada vez más homogéneo en lo religioso, lo cultural y lo lingüístico; Occidente se encuentra en una especie de espiral descendente, sin unidad política, social ni religiosa, en un vórtice de cambio e incertidumbre. Boecio, filósofo y escritor romano de gran formación, ya es funcionario de la corte bárbara en el reino ostrogodo que ocupa Italia y Dalmacia, la zona central del Mediterráneo así como el Imperio antes de su división, buscando consuelo en la filosofía en las condiciones del colapso de la civilización, y así titula su obra, que muchos consideran el último texto de filosofía antigua. Benito va en la dirección opuesta, abandonando la relativa seguridad y comodidad de la vida urbana que pudo disfrutar gracias a su educación superior, y se va a vivir una vida solitaria, similar a la que vivían los ermitaños y monjes orientales. Sin embargo, después de cierto tiempo, se da cuenta de que su misión en Occidente es diferente a la de Oriente y que el monacato occidental, además de su papel religioso, tiene también un papel civilizador, es decir, que además de la oración, también hay que trabajar para preservar o

reconstruir la civilización en Occidente. En las condiciones de la desaparición gradual de la vida urbana, o mejor dicho, en el crepúsculo de la civilización que se convierte en noche, Occidente no se ha hundido en la oscuridad completa porque en esa zona, como estrellas más o menos grandes que iluminan el cielo oscuro, se están fundando monasterios benedictinos, más o menos grandes, que transmiten alfabetización, cultura, pero también otros numerosos conocimientos prácticos de la vida cotidiana [JENAL 2004: 235]. Esto continuará hasta el comienzo del segundo milenio y el surgimiento de nuevas órdenes eclesiásticas. Casiodoro intenta crear una simbiosis entre los modelos de Boecio y Benito fundando *el Vivarium*, un monasterio cristiano que es al mismo tiempo transmisor y vivero de la alfabetización antigua. Finalmente, Gregorio, como el último de los cuatro grandes Padres de la Iglesia de Occidente, sienta las bases del papado como estructura religiosa, política y organizativa central del Occidente europeo. En las condiciones de anarquía resultantes del hundimiento del Imperio de Occidente y de la presencia limitada y discontinua del Imperio de Oriente en Roma, así como del cese simbólico de las sesiones del Senado romano a principios del siglo VII, el papado era la única institución que representaba la autoridad en la caótica Roma de la Antigüedad tardía, pero también la autoridad central en todo Occidente. Mientras que en Oriente el emperador convocaba concilios, nombraba y deponía patriarcas, en Occidente el Papa se convirtió durante la Edad Media en el gobernante supremo, por supuesto no siempre y sin excepción, que estaba por encima de los reyes, les distribuía el poder real y arbitraba entre ellos.

La persona que reúne todas las características más importantes de la Antigüedad tardía en Hispania y desempeña un papel importante en la transición a la Alta Edad Media es sin duda Isidoro de Sevilla. Habiendo vivido en el sur de la península ibérica en la segunda mitad del siglo VI y principios del VII, precisamente en el periodo en que Justiniano consiguió poner bajo su dominio la costa mediterránea peninsular, este obispo y doctor de la Iglesia unió la latinidad antigua, la alfabetización y la literatura. En Hispania, donde el Imperio Occidental desapareció en la

primera mitad del siglo V, se establecieron una serie de reinos, gobiernos y desconciertos religiosos visigodos. La población romana nativa, o más precisamente, la población romanizada a lo largo de una larga serie de siglos, profesa la ortodoxia católica vigente en Roma y el Imperio de Oriente, mientras que la población germánica recién llegada es arriana. Los procesos simbióticos llevarían a que la población nativa aceptara el gobierno visigodo y los nuevos gobernantes adoptaran la lengua romance y la fe católica. El autor de las famosas *Etimologías*, que mantiene viva y transmite la herencia de la Hispania romana al tiempo que vivía bajo el dominio visigodo, pero también bajo el relativamente efímero dominio romano oriental, es al mismo tiempo un seguidor de Agustín en filosofía, un exegeta bíblico como Jerónimo, un organizador que participa en los concilios de la iglesia, el más importante de los cuales fue el de Toledo en 633, y toma decisiones importantes como Ambrosio y enseña como su contemporáneo, el papa Gregorio Magno. Con Isidoro de Sevilla finaliza la Antigüedad tardía en la península ibérica, pero también en Occidente, ya que se le considera el último entre los Padres Occidentales y el último escritor significativo de la Antigüedad tardía [DALEY 2007: 99].

#### 4. CONCLUSIÓN

Con la difusión de las religiones monoteístas por todo el mundo durante los dos últimos milenios, mientras que simultáneamente se suprimían las religiones politeístas concebidas cíclicamente, y especialmente con el fortalecimiento del Occidente europeo en el escenario mundial desde principios del segundo milenio hasta el auge de la dominación occidental del mundo en las alas de los grandes descubrimientos geográficos a mediados del segundo milenio, el pensamiento escatológico ha adquirido un nuevo impulso y significado. El Concilio de Trento, celebrado a mediados del siglo XVI en el apogeo de la expansión del Protestantismo, junto con la rápida conquista simultánea española y portuguesa del Nuevo Mundo, incorporó a su enseñanza dogmática tres criterios por los cuales

se podía discernir el fin inminente del mundo: la enseñanza del Evangelio en todo el mundo, una gran apostasía de la fe y la revelación del Anticristo. Desde el comienzo de la era moderna, ha habido tendencias cada vez más fuertes a la creación de un *eschaton inmanente secular*, una solución mundana a todos los problemas del presente, que se manifiestan en el papel cada vez más poderoso del Estado en la vida de la sociedad y del individuo, desde la creación de los conceptos de soberanía estatal y contrato social en el siglo XV, pasando por el absolutismo y la Ilustración hasta la Revolución a finales del siglo XVIII como una de las fuerzas impulsoras más importantes de ese proceso. Con el surgimiento de las filosofías e ideas totalitarias a nivel teórico en el siglo XIX y su realización práctica en el siglo XX, el *eschaton* secular adquiere características pseudorreligiosas, asumiendo los mismos métodos y objetivos que hasta entonces tuvo el cristianismo, primero en Occidente, y luego extendiéndose al resto del mundo, disolviéndose finalmente en el concepto de Fukuyama del fin de la historia. Del mismo modo, la dimensión individual de la escatología secular adquiere contornos propios, desde la creación de iglesias nacionales protestantes, pasando por *el cogito ergo sum* de Descartes, la Ilustración y los derechos humanos revolucionarios hasta diversos movimientos de emancipación de finales del siglo XIX. Fue precisamente en el siglo XX cuando la cuestión de la muerte como momento clave hacia el que se dirige toda la existencia humana se convirtió en un tema filosófico central, gracias sobre todo a Heidegger con su obra *Ser y Tiempo* de 1927 y a Sartre con su obra *El Ser y la Nada* de 1943, conduciendo finalmente a la deconstrucción en la segunda mitad del siglo. Sin embargo, ateniéndose al contenido básico del término escatología, que es principalmente un término perteneciente al cristianismo y del que es cualitativa y cuantitativamente el más elaborado, se puede concluir sin duda que el período de la Edad Media, marcado por la ubicua cosmovisión cristiana, será la actividad filosófico-teológica y artística más fructífera inspirada en temas escatológicos. Al hacerlo, sería apropiado abordar la periodización de manera más flexible e ir más allá del marco habitual del derrocamiento de Rómulo Augusto en 476 y el descubrimiento de América

en 1492 y tener en cuenta los argumentos dados por LE GOFF [1993: 13], que presenta diferentes modelos de periodización de la Edad Media por parte de numerosos autores y, finalmente, ofrece su propia Edad Media a largo plazo, desde el siglo III al XIX. Si se identifica la Edad Media con el período de predominio de la cosmovisión cristiana en la sociedad, entonces se puede tomar como marco el período que va desde el siglo IV, que culmina con el establecimiento del cristianismo como religión estatal del Imperio Romano en el año 380, hasta el siglo XVIII, que culmina con la revolución de 1789. Esto ciertamente no significa que un período tan largo de catorce siglos pueda tomarse como un monolito, pero es necesario tener en cuenta ciertos subperíodos marcados por altibajos. así como el debilitamiento que ha durado siglos del cristianismo desde el humanismo hasta la Ilustración [BAUN 2013: 164]. También hay que tener en cuenta los tres primeros siglos del cristianismo, que no están exentos de textos escatológicos; aunque no fueron cuantitativamente extensos, la intensidad de la expectativa de la segunda venida de Cristo fue bastante fuerte; mientras que, por otra parte, durante los tres últimos siglos, a pesar de la disolución del cristianismo, principalmente en Occidente, esto no significa necesariamente la desaparición de los arrebatos intelectuales inspirados en el cristianismo, como lo demuestran las obras filosóficas y teológicas, así como las obras de arte.

## BIBLIOGRAFÍA

- ADAMIK, Tamás, “The Influence of the Apocryphal Acts in Jerome’s *Lives of Saints*”, en *The Apocryphal Acts of John*, Kampen: Kok Pharos, 1995, 171-182.
- ALCIATI, Roberto, “Da Oriente a Occidente. Contatti fra le due parti dell’Impero”, en *Monachesimo orientale. Un’introduzione*, Brescia: Morcelliana [Storia, n° 40], 2010, pp. 193-230.
- ALVIAR, Joselito, *Escatología*, Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra, 2004.
- AMIRAY, Hagit *et. alii*, *Apocalypticism and Eschatology in Late Antiquity*, Leuven: Peeters Publishers, 2017.
- BAUN, Jane, “Gregory’s eschatology”, en *A Companion to Gregory the Great*, Leiden/Boston: Brill, 2013, pp. 157-176.
- BODROŽIĆ, Ivan, [ed.], *Apostolski Oci I. Ignacije Antiohijski: Pisma. Polikarp: Poslanica Filipljanima. Polikarpovo mučeništvo*, Split: Verbum [Crkveni oci], 2010.
- BODROŽIĆ, Ivan, [ed.], *Apostolski Oci II. Didaché. Klement Rimski: Pismo Korinćanima. Barnabina poslanica*, Split: Verbum [Crkveni oci], 2010.
- BODROŽIĆ, Ivan, [ed.], *Apostolski Oci III. Pseudo-Klementova homilija. Pismo Diognetu i Hermin Pastir*. Split: Verbum [Crkveni oci], 2011.
- BROWN, Peter, “The decline of the Empire of God: Amnesty, penance and the afterlife from Late Antiquity to the Middle Ages”, en *Last Things: Death and the Apocalypse in the Middle Ages*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2000, pp. 41-59.
- DALEY, Brian, “Eschatology in the Early Church Fathers”, en *The Oxford Handbook of Eschatology*, Oxford: Oxford Academic, 2007, pp. 91–110.
- DALY, Robert, *Apocalyptic Thought in Early Christianity*. Grand Rapids: Baker Academic, 2009.
- HEIDEGGER, Martin, *Ser y tiempo*, Madrid: Trotta, 2025.
- JENAL, Georg, “In cerca di ordine quando l’apocalisse sembra vicina: Gregorio Magno e il monachesimo del suo tempo in Italia”, *Atti dei Convegni Lincei* 209 (2004), pp. 221-246.
- Jeruzalemska Biblija*, Zagreb: Kršćanska sadašnjost, 2018.
- KLEIN, Peter, “Medieval Apocalypse Cycles and Eschatological Expectations: The So-called ‘Terrors’ of the Year 1000”, en *L’Apocalisse nel Medioevo*, Firenze: Sismel, 2011, pp. 267-302.
- LE GOFF, Jacques, *Srednjovjekovni imaginarij*, Zagreb: Antibarbarus, 1993.
- MATEO-SECO, Lucas Francisco, “La escatología en San Agustín”, en *Escatología de la vida cristiana*, Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra 2002, pp. 327-352.
- MURPHY, Frederick, *Apocalypticism in the Bible and Its World. A Comprehensive Introduction*, New Richmond: Baker Academic, 2012.
- PALMER, James, *The Apocalypse in the Early Middle Ages*, Cambridge: Cambridge University Press, 2014.
- RATZINGER, Joseph, *Escatología: La muerte y la vida eterna*, Barcelona: Herder, 2007.
- SARTRE, Jean-Paul, *El ser y la Nada*, Buenos Aires: Losada, 2016.
- SAYES BERMEJO, José Antonio, *Escatología*, Madrid: Palabra, 2006.